



ELEGIA A GUIPUZCOA

POR SANTIAGO AIZARNA

Las líneas que siguen son la consecuencia y su expresión, de un gran dolor: un dolor que creo que nadie que vivió en Guipúzcoa hace más de unos treinta años, dejará de sentir. En donde quiera que nuestros ojos huérfanos quieran posarse, surgirá el dolor como un atroz sentimiento de belleza perdida. Esta es la tragedia que hemos sabido crear.

Como acusación para todos los que no hemos sabido mantener la belleza de este rincón inigualable, en donde tuvimos la suerte de nacer, escribo hoy esta elegía.

Quizás sea que, a veces, la sombra de los años nos anuble el entusiasmo, pero lo cierto es que, frecuentemente, me da por pararme ante los dos paisajes, el de hoy y el de mi memoria, lento desfile de dolores que me sangran, una melancolía de imposibles retornos ahogándome, y creedme que.

al mismo tiempo que me brota un sentimiento de muerte en el corazón —quiero decir y digo que deseo a veces el abrazo de la muerte como el reposo de una almohada, como los anchos campos de hierba mullida, los pastos silenciosos y altos, la caricia de frescos ríos sobre quemada carne— siento y vivo y muero también esta indolencia de horas en el reloj del pulso, las manos caídas y de fuerzas emasculadas; miro y no veo lo que la mirada adivina, quizá hasta esta misma sutil imprecisión de los aires antiguos, el fantasma de una edad muerta por los castillos de arena del pensamiento, más allá el vasto erial de las mutilaciones,

rompiendo este hombre que tú eres, todos los hombres en tí como tú en todos los hombres, esta cáscara de huevo de la Naturaleza,

—la cáscara se quiebra y amanece el amarillo de nuestras codicias—

cada pico que se adentra en la carne de la tierra es un cuchillo de avaro que vibra con el temblor de todas las ambiciones,

te dices y te dirás siempre, que eres un maldito cochino ensuciador de la tierra.

tú, excrementador humano,

tú, que vas elevando en el aire de la gracia y de la luz,

del verde y azul conjugados,

de la libertad,

de la brisa,

y del aire,

esos espacios cerrados de colmena, ergástulas en donde al hombre se le desangran los humores, colmenas de un hervir cotidiano de donde es preciso huir, dejando

tras de mí, ti, sí,

el largo rastro sangrante de la gritería multiforme, la proteica cacofonía que nos seguirá bullendo,

olas gigantes que os rompéis bramando, becquer,

en el desesperado mar de nuestras impotencias.

Sucede que tienes un gran dolor que es como un gran peso, un trasatlántico varado como una gran roca gris plata en la bahía del corazón, porque naciste en la tierra dulce y verde que todavía pueden contemplar con la nostalgia acompañándoles, tus ojos de niño, pero de ninguna manera ya tus ojos de adulto que sólo se detienen ante las heridas innumerables que asesinaron el cuerpo de tu querida Guipúzcoa, tendida aquí como la ves, inánime y despojada bajo los zarpazos de sus ambiciosos hijos.

Estas casas apiñadas que ahora contemplas, todas las montañas que, en otro tiempo, fueran gracia y verdor,

naturaleza, naturaleza, naturaleza,

gritos como ramas que se te suben trepadores a la garganta.

son ahora jaulas, y jaulas, y jaulas, informe montón de metros cúbicos,

no viviendas, nunca viviendas,

porque vivienda tiene que ser la piel de nuestro vivir, nuestro viejo, y querido, y amigo tegumento,

no jaulas, no celdas, no calabozos en donde nos trepide la agria bilis de los renunciamientos más costosos,

renuncia a nuestro ser de hombres,

abdicación de nuestros derechos más legítimos a una vida no promiscua, no apelmazada en gritos y ladridos, en humos y hedores,

como son y ves que lo son, esos metros cúbicos que te los venden así,

ni como viviendas porque no podrían,

ni como jaulas porque algo de vergüenza les daría,

sino como metros cúbicos,

exactamente ni más ni menos que la venta de un espacio.

pero que no te dicen, porque ni la mente más hieronimus-boschiana podría imaginar tal aberrante pandemónium, tal patológica floración de monstruos rodeándonos,

y que los compramos por metros cuadrados,

ni siquiera por metros cúbicos porque una dimensión es dada, uniforme e inmutable,

he aquí la cuadratura del hombre, Justo,

la cuadratura de esa marabunta humana que lo que anhela,

—con furia vengativa, diría, con furia vegetativa, diría. no olvides la trashumancia de la miseria, no olvides a los tráfugas de la pobreza, a los nómadas de la pobreza—

es, solamente, adquirir una celdita en la gran colmena, ser la abeja obrera que va a enterrarse voluntariamente en las mazmorras de lo promiscuo,

presos voluntarios todos en esa "pesadilla de cemento" en que se nos va convirtiendo todo;

da ganas de llorar al ver lo que fue y es ahora esta nuestra querida provincia, nuestra Guipúzcoa,

ríos sucios,

montes desentrañados,

cemento y cemento y cemento,

masas de hombres que caminan a no sabrás nunca dónde, caminos con un horror de tránsito, hondos cráteres que

te bambolean; la piel del asfalto, el cuerpo de la carretera ulcerosa y gangrenada,

¿dónde está la paz?, te preguntas,

¿es esta la civilización?, recriminas,

y te vuelves sin quererlo,

porque tú quisieras mirar hacia adelante pero es que miras hacia atrás,

y digamos que sí que con nostalgia, ciertamente,

pero más con una profunda pena en el hoy por la perdida felicidad del ayer.

cuando ves las mañanas de tu aquel entonces, cuando tu despertar de las sombras del sueño se parecía totalmente a una resurrección, que era que despertabas y estabas tocándolo todo con tacto de animal nuevo: pisar el suelo, asomarte a la ventana, ver al sol creciéndose en su esfera y dibujando sus franjas de luz sobre la colina, sobre las ramas de los árboles, que es algo que les costará comprender a la manada.

pero es que hay que partir del hecho de que tú, siempre, has tenido un árbol de dónde colgar la infancia, quizás ha sido que era tu raíz de campesino lo que te ha hecho ser un hombre con árboles a tu espalda siempre, con árboles frente a ti siempre, con campos y flores y frutos adornándote como un fauno secular.

que en vez de cabellera te emergieran raíces y líquenes y muérdagos,

todo porque frente a tu ventana de niño, todo porque frente a tus juegos de niño estaba la gran naturaleza que tú la cogías a puñados, que en eso consistía ese resucitar de sombras de sueño que siempre han sido un poco sombras de muerte en cada mañana tuya,

abrazando cosas,
abrazando aires,
abrazando pájaros,
abrazando besos,

en ti fijo y tuyo todo lo fugitivo,

que en toda esta torpe amalgama de sensaciones que te inundan te es preciso recalcar en cualquiera de aquellas mañanas un humor de demoniosángeles te atropellaba, tienes que partir de los hechos nimios del recuerdo de un pan acaso, de un pan submarino, algo como una nominación solamente del pan, rescatado de una realidad de bellota, un pan policromo,

amarillo, verde, marrón,

que necesitas tener en tu boca la memoria de aquella pestilencia para que sientas también, la fragancia de los campos por donde pasas, toda la aldea vestida con una luz de ingenuidad como ya nunca podrás sorprender ya nunca, y que no es que porque tú mismo llevabas esa sagrada ingenuidad sobre tus hombros, sino porque el manriqueño tiempo pasado era verdaderamente mejor por lo menos desde el prisma de tus años,

mucho más entero, y naturaleza, y limpio respeto a todo,

cuando atravesabas aquel puente sobre el río cristalino y limpio, toda la calzada llena efectivamente de grandes guijarros y entre los que, sorpresivamente para ti entonces, que no sabías qué eran, descubrías un gran montón de fósiles, que era seguramente que aquel sendero de hoy entonces, había sido en otro tiempo quizás el álveo de algún río, a donde, como en un parecido peregrinaje a los orígenes, a su kaaba husmeada desde las raíces flotantes del instinto habían ascendido los peces imprenta a quedarse perpetuados sobre el mármol, artífices de su propia escultura, que eran esas bonitas formas sobre la piedra, como espinas rayadas sobre lo cóncavo de las piedras, figuras de cabezas vaciadas, colas sirénidas con los que la fantasía te jugó sueños, y con los que ibas llenando el pequeño saquito para tus juegos de niño nigromántico e intelectualoide,

siempre, y como después nunca has dejado de practicar, tratando de inventar y crear nuevos mundos de ficción

para lo que te ayudaban los seres y objetos circundantes. como aquella rueda de molino que tú solías verlo, allí, frente a la puerta, y que así, desgajado de su función natural, ni entendías cómo podía llegar a moler el grano,

era todo una elíptica sucesión de cosas que te costaba entender cómo se producían,

pero siempre y siempre y siempre,
tenías la naturaleza contigo.

que bien sabes que la naturaleza ni se duele siquiera si sabes abrirle las tripas con amor,

ves la primavera y el cuchillo del arado saando sus carnes, aparecen ante el sol las pardas carnes de la tierra, vienen a arrancar los pájaros, entre chillidos de complacencia las lombrices que se refugian entre la tierra bajo las pisadas de los bueyes mansuetos, y te aletea el feliz recuerdo de los gritos del boyero, las meriendas sobre el ribazo de aquel asesinato de la tierra destripada, y el posterior desmigajamiento de los terrones que era lo que más te gustaba de las faenas campesinas, cuando se echaba sobre el mar encrepado de las olas de tierra, la balsa de madera a la que subías junto con otros niños, junto con piedras que servían para dar a la balsa consistencia de peso y pisada, hendiendo la balsa de madera con sus dos quillas de cuadrado que acomete el mar, las olas de tierra alborotadas, dunas y badenes que sorteabais llevando la imaginación ocupada con abordajes de piratas, mares del Caribe, capitán Pata de Palo, contramaestre Mano de Garfio, Salgari, Marryat, Mac Orlan. embarcados en la balsa de madera sobre las olas de tierra, las dos quillas rompiendo el mar agitado, y que elevabais también la bandera de vuestras aventuras piratescas que consistía, solamente, en un gran palo al cual iba amarrado un sucio pañuelo, que naturalmente nunca ondeaba tampoco sino en los días del viento Sur, que es ese viento que en tu tierra que es ésta, aparece como un gran susto de la Naturaleza, cuando por las noches hay entre sus ráfagas un como ulular de fantasmas, con lo que la imaginación no sabe si volcarse hacia la tradición fantasmal inglesa o bien más netamente a la aquelárrica vasca, revoloteando la escuadrilla de escobas por Zugarramurdi y las grutas del Akelarre, la fantasmagoría vasca de Marimundu, Akerbeltz, Basajaun, Iraunsugue. de todas formas ocupada la imaginación en un mundo de fascinación y leyenda, con ese viento que mueve las ventanas mal encajadas y que estás en la cama y te entra el pálpito de que algo viscoso y sin nombre te ventea a tu derredor. que es que corporeizas inmediatamente el mundo disforme y caótico de Lovecraft, que todo serviría para que te confundan, y confundan también esta resurrección de un paisaje por una resurrección de infancia, cuando es solamente que has llegado a este dolor de hoy a horcajadas de sensaciones solamente.

Hemos matado bien a la Madre, se me ocurre decir, nada más. Hemos afilado bien los cuchillos, y nuestra madre yace ahí, muerta y podrida. Nada más.